

## PREPARACIÓN PARA LA MISA

### LA CONSAGRACIÓN

«El hombre debería temblar, el mundo debería vibrar, el Cielo entero debería conmoverse profundamente cuando el Hijo de Dios aparece sobre el altar en las manos del sacerdote». (San Francisco de Asís)

#### CÓMO DEBE SER NUESTRA PARTICIPACIÓN EN LA MISA<sup>1</sup>

Habíamos hablado de la importancia de la participación en la Misa; que debía ser plena y consciente, interna y externa, activa, frutífera, más perfecta, actual y fácil.

**Debe ser piadosa:** Tiene que elevar el alma hacia Dios.

«Revísese el ordinario de la misa, de modo que se manifieste con mayor claridad el sentido propio de cada una de las partes y su mutua conexión y se haga más fácil la piadosa y activa participación de los fieles»<sup>2</sup>.

«Por tanto, la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada...»<sup>3</sup>.

**Debe ser con toda el alma:** Debe ser una participación con todo nuestro ser.

«En los seminarios y casas religiosas, los clérigos deben adquirir una formación litúrgica de la vida espiritual, por medio de una adecuada iniciación que les permita comprender los sagrados ritos y participar en ellos con toda el alma, sea celebrando los sagrados misterios, sea con otros ejercicios de piedad penetrados del espíritu de la sagrada Liturgia; aprendan al mismo tiempo a observar las leyes litúrgicas, de modo que en los seminarios e institutos religiosos la vida esté totalmente informada de espíritu litúrgico»<sup>4</sup>.

**Debe ser adaptada:** Tiene en cuenta los tres grados del Orden Sagrado, las funciones de cada ministro y el de cada miembro en el momento presente.

«Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es “sacramento de unidad”, es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los Obispos.

Por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan; pero cada uno de los miembros de este cuerpo recibe un influjo diverso, según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual»<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup> PADRE BUELA, *Ars Participandi*, pág. 22.

<sup>2</sup> *Sacrosanctum Concilium* 50.

<sup>3</sup> *Idem* 48.

<sup>4</sup> *Idem* 17.

<sup>5</sup> *Idem* 26.

Y debe conformarse a que: «Los pastores de almas fomenten con diligencia y paciencia la educación litúrgica y la participación activa de los fieles, interna y externa, **conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa...**»<sup>6</sup>.

**Debe ser clara:** Debe ser fácil de comprender, no oscuro o ininteligible.

«Los ritos deben resplandecer con noble sencillez; deben ser breves, **claros**, evitando las repeticiones inútiles, adaptados a la capacidad de los fieles y, en general, no deben tener necesidad de muchas explicaciones»<sup>7</sup>.

«(...) los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor **claridad** las cosas santas que significan y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, activa y comunitaria»<sup>8</sup>.

«Revítese el ordinario de la misa, de modo que se manifieste con mayor **claridad** el sentido propio de cada una de las partes y su mutua conexión y se haga más fácil la piadosa y activa participación de los fieles»<sup>9</sup>.

**Debe ser en toda la Misa:** No sólo en una parte de la Misa.

«Las dos partes de que consta la Misa, a saber: la Liturgia de la palabra y la Eucaristía, están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto. Por esto el Sagrado Sínodo exhorta vehemente a los pastores de almas para que en la catequesis instruyan cuidadosamente a los fieles acerca de la **participación en toda la misa**, sobre todo los domingos y fiestas de precepto»<sup>10</sup>.

## TRANSUBSTANCIACIÓN

En el texto de la *Mysterium Fidei*, el papa Pablo VI pone varias citas de los padres y cita a varios concilios (los nombra) dejando clara la doctrina de la Iglesia sobre la transubstanciación:

**«Cristo Señor está presente en el sacramento de la Eucaristía por la transubstanciación»**<sup>11</sup>

Mas para que nadie entienda erróneamente este modo de presencia, que supera las leyes de la naturaleza y constituye en su género el mayor de los milagros, es necesario escuchar con docilidad la voz de la iglesia que enseña y ora. Esta voz que, en efecto, constituye un eco perenne de la voz de Cristo, nos asegura que Cristo no se hace presente en este Sacramento sino por la conversión de toda la substancia del pan en su cuerpo y de toda la substancia del vino en su sangre; conversión admirable y singular, que la Iglesia católica justamente y con propiedad llama transubstanciación. Realizada la transubstanciación, las especies del pan y del vino adquieren sin duda un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que ya no son el pan ordinario y la ordinaria bebida, sino el signo de una cosa sagrada, y signo de un alimento espiritual; pero ya por ello adquieren un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que contienen una nueva realidad que con razón denominamos ontológica.

---

<sup>6</sup> Idem 19.

<sup>7</sup> *Sacrosanctum Concilium* 34.

<sup>8</sup> Idem 21.

<sup>9</sup> Idem 50.

<sup>10</sup> Idem 56.

<sup>11</sup> *Mysterium Fidei* 6, PAPA PABLO VI.

Porque bajo dichas especies ya no existe lo que antes había, sino una cosa completamente diversa; y esto no tan sólo por el juicio de la fe de la Iglesia, sino por la realidad objetiva, puesto que, convertida la substancia o naturaleza del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Cristo, no queda ya nada del pan y del vino, sino tan sólo las especies: bajo ellas Cristo todo entero está presente en su realidad física, aun corporalmente, pero no a la manera que los cuerpos están en un lugar.

Por ello los Padres tuvieron gran cuidado de advertir a los fieles que, al considerar este augustísimo sacramento creyeran no a los sentidos que se fijan en las propiedades del pan y del vino, sino a las palabras de Cristo, que tienen tal virtud que cambian, transforman, transelementan el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre; porque, como más de una vez lo afirman los mismos Padres, la virtud que realiza esto es la misma virtud de Dios omnipotente, que al principio del tiempo creó el universo de la nada.

Instruido en estas cosas -dice San Cirilo de Jerusalén al concluir su sermón sobre los misterios de la fe- e imbuido de una certísima fe, para lo cual lo que parece pan no es pan, no obstante la sensación del gusto, sino que es el Cuerpo de Cristo; y lo que parece vino no es vino, aunque así le parezca al gusto, sino que es la Sangre de Cristo...; confirma tu corazón y come ese pan como algo espiritual y alegra la faz de tu alma.

E insiste San Juan Crisóstomo: No es el hombre quien convierte las cosas ofrecidas en el cuerpo y sangre de Cristo, sino el mismo Cristo que por nosotros fue crucificado. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia aquellas palabras, pero su virtud y la gracia son de Dios. Esto es mi cuerpo, dice. Y esta palabra transforma las cosas ofrecidas. Y con el Obispo de Constantinopla Juan, está perfectamente de acuerdo el Obispo de Alejandría Cirilo, cuando en su comentario al Evangelio de San Mateo, escribe: [Cristo], señalando, dijo: Esto es mi cuerpo, y esta es mi sangre, para que no creas que son simples figuras las cosas que se ven, sino que las cosas ofrecidas son transformadas, de manera misteriosa pero realmente por Dios omnipotente, en el cuerpo y en la sangre de Cristo, por cuya participación recibimos la virtud vivificante y santificadora de Cristo.

Y Ambrosio, Obispo de Milán, hablando con claridad sobre la conversión eucarística, dice: Convenzámonos de que esto no es lo que la naturaleza formó, sino lo que la bendición consagró y que la fuerza de la bendición es mayor que la de la naturaleza, porque con la bendición aun la misma naturaleza se cambia. Y queriendo confirmar la verdad del misterio, propone muchos ejemplos de milagros narrados en la Escritura, entre los cuales el nacimiento de Jesús de la Virgen María, y luego, volviéndose a la creación concluye: Por lo tanto, la palabra de Cristo, que ha podido hacer de la nada lo que no existía, ¿no puede acaso cambiar las cosas que ya existen, en lo que no eran? Pues no es menos dar a las cosas su propia naturaleza, que cambiársela.

Ni es necesario aducir ya muchos testimonios. Más útil es recordar la firmeza de la fe con que la Iglesia, con unánime concordia, resistió a Berengario, quien, cediendo a dificultades sugeridas por la razón humana, fue el primero que se atrevió a negar la conversión eucarística. La Iglesia le amenazó repetidas veces con la condena si no se retractaba. Y por eso San Gregorio VII, Nuestro Predecesor, le impuso prestar un juramento en estos términos: Creo de corazón y abiertamente confieso que el pan y el vino que se colocan en el altar, por el misterio de la oración sagrada, y por las palabras de nuestro Redentor, se convierten substancialmente en la verdadera, propia y vivificante carne y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y que después de la consagración está el verdadero cuerpo de Cristo, que nació de la Virgen, y que ofrecido por la

salvación del mundo estuvo pendiente de la cruz, y que está sentado a la derecha del Padre; y que está la verdadera sangre de Cristo, que brotó de su costado, y ello no sólo por signo y virtud del sacramento, sino aun en la propiedad de la naturaleza y en la realidad de la substancia.

Acorde con estas palabras, dando así admirable ejemplo de la firmeza de la fe católica, está todo cuanto los Concilios Ecuménicos Lateranense, Constanciense, Florentino y, finalmente, el Tridentino enseñaron de un modo constante sobre el misterio de la conversión eucarística, ya exponiendo la doctrina de la Iglesia, ya condenando los errores.

Después del Concilio de Trento, Nuestro Predecesor Pío VI advirtió seriamente contra los errores del Sínodo de Pistoia, que los párrocos, que tienen el deber de enseñar, no descuiden hablar de la transubstanciación, que es uno de los artículos de la fe.

También Nuestro Predecesor Pío XII, de feliz memoria, recordó los límites que no deben pasar todos los que discuten con sutilezas sobre el misterio de la transubstanciación. Nosotros mismos, en el reciente Congreso Nacional Italiano Eucarístico de Pisa, cumpliendo Nuestro deber apostólico hemos dado público y solemne testimonio de la fe de la Iglesia.

Por lo demás, la Iglesia católica, no sólo ha enseñado siempre la fe sobre la presencia del Cuerpo y Sangre de Cristo en la Eucaristía, sino que la ha vivido también, adorando en todos los tiempos Sacramento tan grande con el culto latréutico que tan sólo a Dios es debido. Culto sobre el cual escribe San Agustín: En esta misma carne [el Señor] ha caminado aquí y esta misma carne nos la ha dado de comer para la salvación; y ninguno come esta carne sin haberla adorado antes..., de modo que no pecamos adorándola; antes al contrario, pecamos si no la adoramos».

«¡Qué maravilla de las maravillas! ¡Lo que ocurrió en el Cenáculo, ocurrirá aquí! ¡Lo que sucedió en el Calvario, sucederá aquí! ¡Lo que hizo Jesús en la Última Cena, anticipando el sacrificio de la Cruz, lo que luego repitieron los Santos Apóstoles y durante siglos y siglos siguieron repitiendo los santos Obispos y sacerdotes, se repetirá aquí! La Misa es sacrificio, el mismo de la Cruz, quienes comulgan de la Víctima ofrecida participan del sacrificio de la Cruz, como dice San Pablo: “¿No participan del sacrificio los que participan de las víctimas?” (1 Cor 10, 18).

Nunca olvidemos que cada vez que participamos de la Santa Misa *anunciamos la muerte del Señor*, pero también “*proclamamos su resurrección*”, y no solo por un tiempo, sino “*hasta que vuelva*”<sup>12</sup>.

«Es de fe, por tanto, que de toda y sola la substancia del pan y del vino se transubstancia en toda y sola la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo. Ahora bien, ¿qué es lo que permanece? Permanecen, sin sujeto de inhesión, por poder de Dios, en la Eucaristía los accidentes, especies o apariencias del pan y del vino.

¿Cuáles son? Los accidentes que permanecen después de la transubstanciación son: peso, tamaño, gusto, cantidad, olor, color, sabor, figura, medida, etc, de pan y de vino. Sólo cambia la sustancia.

Por la fuerza de las palabras bajo la especie de pan se contiene el Cuerpo de Cristo y, por razón de la compañía o concomitancia, junto con el Cuerpo, por la natural conexión, se contiene la Sangre, y el alma y, por la admirable unión hipostática, la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo»<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> P. BUELA, *Nuestra Misa*, pág. 71.

<sup>13</sup> Idem, pág. 76.

Sigue el p. Buela en Nuestra Misa:

Por eso enseña el Catecismo: «La Epiclesis (= “invocación sobre”) es la intercesión mediante la cual el sacerdote suplica al Padre que envíe el Espíritu santificador para que las ofrendas se conviertan en el Cuerpo y Sangre de Cristo y para que los fieles, al recibirlos, se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios»<sup>14</sup>.

(...)En rigor, la acción del Espíritu Santo se extiende a toda la Misa; en este sentido toda la Misa es epiclesis en sentido amplio. Y aún se extiende a antes de la Misa y a después de la Misa. Es lo que hace que toda celebración sea nueva, inmensamente fecunda, única, irrepetible, porque el Espíritu Santo al conducir al cristiano a su madurez en Cristo, es el gran **animador** de la liturgia.

Así como el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, así es el alma de la liturgia. Sin el Espíritu Santo no hay liturgia. Por eso, para que la liturgia sea viva y verdadera debe ser **epiclética**, porque se invoca el poder del Espíritu Santo para que los dones se transformen en el Cuerpo y Sangre de Jesús y para que sea causa de salvación para los que lo van a recibir; y, a su vez, debe ser **paraclética**, o sea, animada por el Espíritu Santo.

(...)Sólo con el Espíritu Santo podemos decir con los labios y con el corazón: *Señor Jesús (1Cor 12, 3)*; sólo con el Espíritu Santo podemos decir con los labios y con el corazón: *Abba–Padre (Ro 8, 15. 26–27; Ga 4, 6)*. Es siempre el Espíritu Santo el que mueve desde dentro a los participantes para que se unan al misterio de Cristo que se celebra y aprovechen de la Palabra de Dios, del sacrificio y del sacramento. Toda Misa es una epifanía del Espíritu Santo.

De ahí que la oración de la epiclesis antes de la consagración, va acompañada por el gesto pneumatológico de imposición de manos sobre los dones que se van a consagrar, determinando así lo que constituye la materia del sacrificio y como apropiándose, el sacerdote, de esa materia determinada, que luego consagrará.

En el Antiguo Testamento, entre tantas prescripciones sobre los sacrificios, ocupaba un lugar indispensable el fuego, venido del cielo, que debía haber en el altar para la consumición de las víctimas y consumación de los sacrificios 140, ya que así las víctimas eran separadas totalmente de la tierra y subían a Dios. Pero también hay fuego en el altar en el Nuevo Testamento, aunque infinitamente superior. En efecto, en el Apocalipsis el ángel llena el incensario *del fuego del altar (8,5)*. Por tanto, en los altares católicos hay **«fuego»**. Ese fuego *es el Espíritu Santo*. Por eso, cuando entramos en los templos protestantes nos parecen fríos, no sólo por la ausencia de Sagrario, no sólo por la ausencia de la Madre, sino sobre todo por la ausencia **«del fuego del altar»** al no tener sacrificio. Por eso los que participan auténticamente en la Santa Misa, al igual que los discípulos de Emaús, experimentan que: *Ardían nuestros corazones dentro de nosotros (Lc 24,32)*. ¡Hay **fuego** en nuestros altares! Sólo no se dan cuenta de ello quienes dejaron que se enfriara la caridad.

Nuestro prócer Fray Francisco de Paula Castañeda a quienes querían que dejase de polemizar y se contentase con limitarse a celebrar la Misa les decía: «Es precisamente la Misa lo que me enardece, y me arrastra, y me obliga a la lucha incesante». En la Misa es donde se

---

<sup>14</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1105.

forjan los grandes gladiadores de Dios. Es la Misa la que enardece y arrastra a los jóvenes para que se entreguen totalmente al Señor y allí los va formando para que lleguen a ser grandes sacerdotes. Es la Misa la que forma los grandes líderes católicos laicos, enardeciéndolos. Es la Misa la que enardece a las jóvenes para ser fidelísimas Esposas de Cristo. Es la Misa la que enardece y empuja a los esposos a ser verdaderos evangelizadores de sus hijos.

En la Misa, Jesucristo nos habla con su Sacrificio. Es un lenguaje *«conciso, pero ardiente»* (**san Juan Pablo II**). Para captarlo necesitamos al Espíritu Santo. Por eso los que dejan de lado al Espíritu Santo, creen que hacen interesante la Misa con novedades extra litúrgicas, usurpan el protagonismo inderogable que corresponde al Espíritu Santo y al rebajar a mero nivel humano el Santo Sacrificio lo hacen, de hecho, para los feligreses, prescindible. Lo que se necesita es **que los ministros del altar sean hombres llenos del Espíritu Santo**, que no sean membranas del mismo, sino transparentes, que dejan percibir su presencia y su acción. El sacerdote carnal y el mundano no deja transparentar al Espíritu Santo, porque no lo ve ni lo conoce ni lo ama. Ya lo había señalado nuestro Señor: *«El Espíritu de Verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce»* (**Jn 14,17**).

Una gran docilidad al Espíritu Santo es el mejor medio para lograr una participación litúrgica verdadera y profunda. La piedad y devoción al Santo Espíritu de Dios nos lleva a aprovechar al máximo del Santo Sacrificio, así como el Santo Sacrificio nos lleva a amar más al Espíritu Santo, ya que Jesucristo en la cruz *«por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios»* (**Heb 9,14**) y en la Misa se sigue ofreciendo por el mismo Espíritu.

«El Padre Guardián se aventuró a preguntar a San José de Copertino: ¿"Cómo es que celebra toda la Misa tan bien, y tartamudea a cada sílaba de la Consagración?" El Santo contestó: "**Las palabras sagradas de la Consagración, son como carbones encendidos en mis labios. Cuando las pronuncio, lo hago como si tuviera que tragar alimento hirviente**"»<sup>15</sup>.

El misal de Stowe, de tradición celta (s. VII) antes de las palabras de la consagración, dice –a modo de rúbrica– “periculosa oratio” (luego otro misal también lo dice)<sup>16</sup>.

P. Leonardo Castellani, SJ:

HOC EST ENIM  
CORPUS MEUM

Las palabras que inmutan el vino,  
las palabras que cambian el pan.  
¡Oh millones de angélicos coros;  
sobrepujan vuestro himno triunfal!...  
Ni la voz que los vientos de un golpe  
domeñados, tumbó sobre mar;  
ni el clamor que animó bruscamente

<sup>15</sup> <http://www.theworkofgod.org/spanish/devotns/eucarist/amor-euc/amor-eu5.htm>

<sup>16</sup> P. Jon, 2009.

la de Lázaro pútrida faz;  
ni la dulce oración compasiva  
que de un pan hizo mil; ni el fatal  
retumbar de trompetas del juicio  
que los muertos del polvo alzará;  
ni siquiera el tremendo, inmutable  
veredicto del que ha de bajar  
a poner en su quicio las cosas  
y dejarlas por siempre jamás...  
tienen más milagrosa potencia  
más creadora virtud y sin par  
dulcedumbre, más fuerza y más gracia,  
que ese leve rumor del altar,  
ese trueno de empuje infinito  
y ese arrullo de amor eternal,  
ese anillo de amores perpetuos  
y semilla de inmortalidad;  
ese FIAT más grande que el otro  
puesto en labios de un pobre mortal,  
el Tesoro del hombre, la Herencia  
del que es Vida, Camino y Verdad,  
para todos los pobres del mundo  
y a los hombres que quieren la paz;  
ese santo conjuro que todas  
nuestras llagas podría curar,  
esa firme palabra de bodas  
que la Iglesia y el Cristo se dan,  
esos brazos a todos abiertos  
y clavados para revelar  
los misterios sin playa y sin fondo,  
de un amor que no puede hacer más...  
esos éxtasis, esas palabras  
que consagran el vino y el pan.

Jueves Santo de 1927.

¡Ave María y adelante!